

COMENTARIOS

A LA

ORDENACION

GENERAL DE LA

LITURGIA DE LAS HORAS

LA ACCION DEL ESPIRITU SANTO

8. *La unidad de la Iglesia orante se realiza por medio del Espíritu Santo que es el mismo en Cristo (1), en toda la Iglesia y en cada uno de los bautizados. Es este mismo Espíritu quien "viene en ayuda de nuestra debilidad" e "intercede por nosotros con gemidos inefables" (Rm 8,26); él, siendo como es el Espíritu del Hijo, infunde en nosotros "un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: Abbá, Padre" (Rm 8,15; Cf. Ga 4,6; 1Cor 12,3; Ef 5,18; Ju 20). No puede darse, por tanto, oración cristiana sin la acción del Espíritu Santo, pues es él quien, unificando a toda la Iglesia, la lleva al Padre, por medio del Hijo.*

El rito bautismal ha significado para el cristiano una vinculación radical y ontológica a la persona de Cristo: sumergido en el agua, para simbolizar la sepultura del Señor, salido después del agua, para significar su resurrección del sepulcro, a través del simbolismo del bautismo, el cristiano ha quedado radicalmente convertido en miembro del que murió y resucitó. *Al bautizarnos nos vinculamos a Cristo... aquella inmersión nos sepultó con él, para que así como Cristo fue resucitado de la muerte por el poder del Padre, también nosotros empezáramos una vida nueva* (Rm 6,3-4). A los ojos del apóstol esta vinculación del bautizado a la persona de Cristo es tan trascendente que todas las

demás realidades que, como individuo, pueda tener el cristiano quedan como pálidas y desvirtuadas ante la nueva y más fuerte realidad de su incorporación a Cristo: *Al ser bautizados... os revestisteis de Cristo* y este hecho tiene un alcance tal que según el Apóstol entre los bautizados *ya no hay ni griego, sirvo ni libre, varón ni hembra, dado que vosotros hacéis todo uno en Cristo Jesús* (Ga 3,28). Si tomamos varias telas de colores y cualidades diversas —que me sea permitido poner un ejemplo— y las sumergimos en un baño de plástico de un determinado color hasta que queden recubiertas de una capa intensa de esta materia, al extraer estas telas del recipiente en que fueron sumergidas ya no habrá diferencia entre las rojas o blancas, entre las de seda o de algodón; únicamente serán perceptibles la cualidad y el color del plástico. Es esto una débil imagen de lo que quiere decir el apóstol cuando afirma que al ser bautizados nos hemos revestido de Cristo —imagen débil por cuanto el bautismo nos transforma no recubriéndonos sino transformándonos interiormente—: en el bautizado, pues, su cualidad de miembro de Cristo representa más que su personalidad individual. Por ello precisamente, como decíamos en el comentario al número anterior, (Cf. Oración de las Horas, n. 5, pp. 3-7) en la oración de los cristianos es más sobresaliente la voz de Cristo que resuena por nuestros labios que la oración personal del individuo que, como simple hombre, se dirige a Dios.

Pero el Cuerpo de Cristo orante —el Cuerpo total, cabeza y miembros, este Cuerpo en el que el cristiano ha sido injertado, mediante el baño bautismal— está vivificado por el Espíritu Santo; por ello afirma la OGLH que la oración de este Cuerpo es necesariamente “oración realizada por medio del Espíritu Santo”.

He aquí, pues, una nueva e importante faceta de la oración eclesial: “No puede darse oración cristiana —dice la OGLH— sin la acción del Espíritu Santo”. Esta intervención del Espíritu Santo en la oración cristiana es una realidad ciertamente distinta de la que hasta aquí hemos comentado —no significa lo mismo decir que la plegaria cristiana es oración de Cristo que afirmar que en ella actúa el Espíritu Santo— pero, con todo, ambas realidades están íntimamente ligadas: la oración cristiana se mueve bajo el impulso del Espíritu Santo precisamente porque es la oración de Cristo.

Para captar en toda su profundidad el alcance de la acción del Espíritu Santo con referencia a la oración cristiana hay que empezar recordando que el Espíritu Santo es el mismo Dios en cuanto a amor: el Amor, con que el Padre ama al Hijo y el Amor con que el Hijo ama al Padre. No es aquí el lugar apropiado para exponer como este Amor íntimo de Dios a sí mismo está como en la raíz de todo el actuar divino; pero sí creo importante clarificar el papel del Espíritu Santo con referencia a la relación del Hijo hecho hombre —y de los que formamos su Cuerpo— para con Dios; y ello precisamente porque la oración cristiana es una de las expresiones más significativas de esta re-

lación del Hijo —y de la Iglesia su Cuerpo— para con el Padre.

En el plan de Dios el hombre fue creado para la gloria de su Hacedor; ahora bien el hombre buscó su fin en otro lugar —en ello consiste el pecado— y con ello el hombre pecador desbarató el sentido de la creación (Cf. Rm 8, 18-24). La obra de Dios, podríamos decir por lo menos en lenguaje figurado, quedó como frustrada por el pecado del hombre; el hombre en lugar de vivir de cara a Dios fue tras su propio egoísmo y, con ello, la creación entera perdió su sentido: Dios dejó de ser glorificado por la obra de sus manos.

Es aquí donde interviene el Hijo para restaurar el designio de Dios: llevado por su amor al Padre —Amor que es el Espíritu Santo— entra a formar parte de la creación injertándose en la familia humana; por su santidad rehace en su persona la actitud recta del hombre para con Dios: *Aquí estoy yo, Dios mío, para hacer tu voluntad* (Hb 10,7). Con ello se logra que la creación entera —de la que ahora forma parte también el Hijo de Dios por su humanidad— vuelva a ser plenamente agradable a Dios. Dios, ahora, al contemplar a su Hijo santísimo incorporado a la creación, encuentra nuevamente su complacencia en la obra de sus manos. Esta restauración del hombre es ciertamente la obra del Hijo encarnado; pero hay que tener presente que esta restauración el Hijo la hace llevado por su amor al Padre, es decir, por el Espíritu Santo.

El Nuevo Testamento, precisamente para explicitar cómo la persona y las obras del Hijo, en cuanto hombre, tienen su motivación en el Amor al Padre, en repetidas ocasiones al hablar de Cristo y de su actuar alude al Espíritu Santo. Recordemos, por ejemplo, como ya en el momento en que se inicia la incorporación del Hijo de Dios al mundo de los seres creados —la escena de la Anunciación— el Ángel dice a María que será el *Espíritu Santo* quien engendrará en su seno el ser humano del Hijo de Dios; con ello se quiere decir que el Verbo se hace hombre por amor al Padre. De una manera semejante, cuando Jesús inicia la proclamación del Evangelio pone en primer lugar un signo de su comunión con la humanidad pecadora: por ello acude al rito simbólico del bautismo de penitencia de Juan, confesando, como todos los que reciben el bautismo del Precursor, los pecados de la humanidad. Nuevamente Dios interviene significando como queda complacido ante esta actitud de Jesús: al salir del agua se abre el cielo —como en otro tiempo fue cerrado a los hombres en Adán, ahora se abre a los hombres por medio de Cristo— y el Espíritu Santo, es decir el Amor de Dios, por Cristo, se posa nuevamente en los hombres reconciliados ya germinalmente con Dios en la persona del Hijo. Otra nueva acción simbólica, pues, de como, por Cristo, en las relaciones de Dios con los hombres se hace presente de nuevo el amor, es decir, el Espíritu Santo.

Pero esta relación entre Dios y la humanidad no llega a su culminación sino en el misterio pascual; en este misterio Cristo, por su muerte, rectifica el camino que el hombre había seguido en Adán. Adán, en efecto, había de-

seado ser semejante a Dios y por ello *desobedeció* comiendo del árbol; Cristo, en cambio, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de esclavo y se hizo obediente hasta la muerte (Fil 2,9). Así, con su humillación y con su obediencia, restauró la humanidad que en y desde Adán había sido soberbia y desobediente, y con ello logró que el Amor del Padre pudiera volcarse nueva-



mente sobre la humanidad totalmente renovada y restaurada en su persona.

Al hablar de la muerte de Jesús el evangelio de Juan usa una expresión (muy probablemente debida a su manera de hablar simbólica) muy distinta de la paralela de los demás evangelistas: allí donde los sinópticos usan expresiones equivalentes al castellano "expirar", Juan dice que Jesús "entregó el Espíritu" (Jn 19,30) (2). Muchos exegetas piensan que hay aquí, por lo menos,

una alusión al Espíritu Santo: por su total obediencia al Padre, Cristo mereció que toda la humanidad, de la que él era cabeza, fuera nuevamente grata a los ojos de Dios; por ello, con su muerte, nos dice, *entregó* el Espíritu Santo al mundo.

Hay en el Nuevo Testamento otro texto más claro aún que ilumina cómo la obediencia y la muerte de Cristo merecieron el Espíritu Santo —es decir, el Amor de Dios— para los hombres: se trata del discurso de Pedro en el día de Pentecostés. Los judíos que acuden al cenáculo quedan desconcertados ante la nueva y valiente actitud de los apóstoles, llegando hasta pensar que estaban bebidos. Entonces Pedro, en un largo discurso, les explica la razón y el porqué de la venida del Espíritu sobre ellos. Porque Cristo fue obediente hasta la muerte para mostrar su amor al Padre. Dios, complacido ante esta actitud, resucitó la humanidad de Cristo y a este Jesús, exaltándolo por encima de todo, lo llenó del Espíritu Santo; pero como Jesús en su humanidad era cabeza de la humanidad nueva, el Espíritu Santo que el Padre comunica a Jesús, de Jesús se derrama también sobre aquellos que él ha convertido en sus hermanos y su cuerpo. *Exaltado Jesús por la diestra de Dios —dice Pedro— ha recibido del Padre el Espíritu Santo y lo ha derramado sobre nosotros; esto es lo que estáis viendo y oyendo* (Hch 2,33).

Este texto es capital y hay que entenderlo bien: Jesús, como Hijo de Dios, y Dios verdadero, ha tenido siempre y tiene en toda plenitud el Espíritu Santo del que, incluso, es origen juntamente con el Padre. Pero Jesús tan verdaderamente como Dios es también verdadero hombre y es en esta su realidad de hombre que mereció, con su muerte, recibir el Espíritu Santo. Ahora bien: todo lo que realizó Jesús como hombre lo hizo en nombre y en provecho de sus hermanos, los hombres. *Por nosotros los hombres —decimos en nuestra profesión de fe— se hizo hombre... fue crucificado... resucitó al tercer día... subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre. Por ello también es por nosotros los hombres y en su cualidad de primogénito y cabeza de la humanidad que recibe el Espíritu Santo. Es porque Cristo Hombre ha realizado con toda perfección el plan de Dios que los hombres somos nuevamente amados por el Padre. Si Cristo Hombre no hubiera recibido el Espíritu Santo tampoco la humanidad lo hubiera podido recibir. Es esto precisamente lo que quiere decir Juan cuando, comentando la promesa de Jesús hecha antes de su muerte de que de las entrañas de quien creyera en él manaría el Espíritu Santo, dice: El Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado* (Jn 7,39).

El Espíritu Santo, pues, derramado sobre los hombres después de la resurrección de Cristo es el mismo Amor con que Dios se ama a sí mismo, es el mismo Amor que recibió la humanidad de Cristo como premio de su obediencia, es el mismo Amor que fue dado después a los que, por el Bautismo, pasan a ser miembros del Cuerpo de Cristo.

Después de toda esta larga explicación del papel del Espíritu Santo en las relaciones de Dios con la humanidad de Cristo, puede comprenderse mejor lo que quiere decir la OGLH cuando dice que *la unidad de la Iglesia orante se realiza por medio del Espíritu Santo que es el mismo en Cristo, en toda la Iglesia y en cada uno de los bautizados*. Se comprende también lo que significa nuestro Documento al decir que *este mismo Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad e intercede por nosotros con gemidos inefables*: Dios, en efecto, al contemplar a la comunidad eclesial que ora, la contempla con aquel mismo amor con que mira a Cristo Hombre que murió por agradarle. Y entonces todo el Amor de Dios se vuelca a los hombres y los escucha con amor de Padre. Así, en nuestra oración cristiana no somos ya nosotros solos quienes nos dirigimos a Dios; si por nosotros mismos somos frágiles, débiles, pecadores, el Espíritu *viene en ayuda de nuestra debilidad intercediendo por nosotros con gemidos inefables*, porque nuestra cualidad de miembros de Cristo, el Hombre perfecto, hace que Dios nos mire y nos escuche con el mismo amor con que contempla a su Hijo, y que nuestra oración sea siempre, a pesar de nuestra imperfección, una oración de "hijos adoptivos" que nos hace gritar "Abbá, Padre". De esta forma, Cristo, habiéndonos merecido el Espíritu Santo, por él nos lleva al Padre, cada vez que, como miembros de su Cuerpo, acudimos a Dios.

PEDRO FARNÉS, pbro.

-
- (1) Cf. Lc 10,21: "Jesús, con la alegría del Espíritu Santo, exclamó: Bendito seas, Padre, Señor del cielo y de la tierra".
- (2) Cf. VAWTER en Comentario bíblico "San Jerónimo", tomo IV, p. 519. Ediciones Cristiandad, Madrid 1972.